

Educación para crear cultura, buscar la paz

*ENCARNACIÓN PÉREZ LANDÁBURU**

«Para unirse, hay que amarse; para amarse, hay que conocerse; para conocerse, hay que encontrarse; para encontrarse, hay que buscarse».

Cardenal Mercier.

¿Quién no ha deseado la paz? ¿Quién no sueña con el diálogo entre los pueblos y las religiones? ¿Quién no ha sentido, alguna vez, el hambre absoluta de que los seres humanos lleguen a entenderse, a crear relaciones sanas y equilibradas? Y, sin embargo, nuestra tierra está bañada de sangre. Nuestros buenos deseos quedan reducidos a grandes palabras, cuando no, a una radicalización de posturas, de verdades y dogmas como las únicas y verdaderas, en una defensa a ultranza de nuestras creencias, sin ningún respeto hacia los que no piensan como nosotros. ¡Cuántos inquisidores a lo largo de la historia! ¡Cuántos jóvenes dispuestos a morir por ideologías y doctrinas radicales! Todo esto no ha hecho más que llenar de sufrimiento y de heridas a la humanidad.

Nos estamos acercando al corazón herido del mundo, a las carencias y roturas afectivas, a las incomprensiones y a las soledades más extremas. Nuestras relaciones no son solamente pobres e insatisfactorias, sino que están profundamente deterioradas y sus consecuencias las sufrimos por doquier. Sin embargo, todos anhelamos deseos infinitos de paz y de justicia, de solidaridad y de diálogo.

* Profesora del Instituto Superior San Pío X.

Una de las grandes frustraciones humanas es precisamente la enorme distancia que separa al ser humano de sus deseos de una convivencia pacífica y su incapacidad de convertir estos deseos en realidad. Nuestra existencia está llena de esperanzas y utopías, pero ¡cuántas veces, esos anhelos, sólo quedan en buenos deseos! Deseamos establecer relaciones cálidas con nuestros seres queridos, con nuestros semejantes, y vivirlas desde la tolerancia y el respeto. El problema es que todo esto lo queremos tan a nuestra imagen y semejanza, tan intensa y tan absolutamente perfecto que, inevitablemente, fracasamos en nuestros intentos. Por eso nacen nuestros conflictos, nuestras crisis inútiles que no nos llevan a nada. Es verdad, los sueños son maravillosos y lo son porque nos dan esperanza y despiertan lo mejor de nosotros mismos. Lo malo es que la mayoría de las veces quedan reducidos a eso, a «sueños». Y nos defendemos diciendo que «de ilusión también se vive», que hay que ser «realistas» y prácticos, que hay cosas que son imposibles.

Las relaciones humanas necesitan el amparo ineludible de acciones educativas, capaces de suscitar actitudes y valores que faciliten una convivencia humana de calidad. Necesitemos un esfuerzo educativo para no apagar nunca la luz de la razón frente a la oscura realidad de nuestro larvado individualismo, disfrazado a veces de verdad absoluta, que descalifica a todo aquel que disienta de nuestra forma de pensar, de nuestras creencias y formas de ver la vida.

¿Cómo educar para la paz, la tolerancia, la solidaridad, la diversidad...?
¿Cómo educar esa actitud de diálogo que debería animar a todo educador cristiano?

1. La «aldea global»

a) *Una humanidad interrelacionada*

Vivimos en un mundo cada vez más relacionado, en «la aldea global» de la que hablaba McLuhan. El acercamiento de las culturas a través de los medios

de comunicación, la velocidad informática, la interdependencia económica y científica... han hecho de nuestra tierra una pequeña «aldea global». Ya no existen distancias, los problemas son globales, planetarios, también las crisis y los desgarramientos humanos. Emerge una nueva conciencia más plural, más unificada; inevitablemente, más interdependiente. Ningún problema puede ser tratado de forma aislada, tampoco los religiosos porque todo está interrelacionado. ¿Podemos ignorar que vivimos en un mundo multicultural, plural en todas sus facetas? ¿Ser ajenos a lo que sucede a nuestro alrededor?

Acostumbrados a contemplar las bellísimas imágenes de la tierra navegando por el espacio, ¿nos detenemos a pensar que todos los seres humanos estamos irremediablemente juntos en este planeta Tierra, compartiendo un mismo destino común? ¿Somos conscientes de que hoy día ya no estamos aislados en nuestra propia cultura, que es imposible vivir sin entrar en contacto con otros pueblos, otras culturas, otras tradiciones religiosas? ¿Podemos quedar impasibles ante el peligro de una catástrofe nuclear o ecológica que pueda llegar a destruir a la humanidad? ¿Qué nos deparará este mundo globalizado? ¿Qué futuro espera a las nuevas generaciones? Queramos o no, nuestro mundo tiende al mestizaje y el mosaico de creencias, culturas y religiones y esta nueva situación tiene que ayudarnos a penetrar en esta nueva realidad plural en la que nos movemos.

b) *Cobijados bajo el mismo techo*

El mundo es nuestra casa y esto supone una nueva conciencia de dependencia e interdependencia entre todos los seres humanos, una nueva forma de estar en el mundo, de sentirlo y vivirlo. Los nuevos tiempos que nos han tocado vivir nos convocan a la búsqueda de una nueva conciencia humana personal y colectiva, a la creación de un nuevo talante que deberá ser educado en medio de nuestras propias contradicciones, pero con la esperanza de que caminamos hacia un mundo nuevo. Estamos en camino hacia una

nueva realidad humana y social, sin olvidar que este camino habrá que hacerlo entre crisis y transformaciones profundas que afectarán al mundo y al conjunto de la humanidad. Inevitablemente, esta diversidad provoca desajustes, desorientación, incluso pérdida de sentido, fanatismos políticos, fundamentalismos religiosos, también mucha indiferencia. Son los problemas actuales con los que nos enfrentamos a diario, retos que piden respuestas y soluciones.

Como educadores, ¿qué nuevo horizonte se abre ante nuestros ojos? ¿Estaremos a la altura de las circunstancias actuales? ¿Nos sentiremos emplazados a crear nuevos espacios de entendimiento entre los seres humanos? ¿No será ésta nuestra misión? Inquietantes preguntas nos llevan a pensar que necesitamos incorporar elementos nuevos a nuestra reflexión educativa, plantear ciertas cuestiones, conocer y formular mejor el mensaje liberador de Jesús. Creemos que el camino de la tolerancia y el respeto mutuo, el diálogo y la acogida de los otros es el camino más acertado, aunque para ello haya que abandonar los estériles caminos de la polémica y la confrontación.

2. Un único Dios, Padre de todos

De forma un tanto inesperada, surge ante nosotros la pluralidad de nuestro mundo y consecuentemente la dificultad para el diálogo y el entendimiento. Es verdad que el acercamiento de culturas han hecho de nuestra tierra «una aldea global» y planetaria, pero también las intolerancias, los radicalismos y las divisiones sociales y religiosas dificultan el diálogo y el entendimiento entre las gentes. Como educadores nos inquietan estas situaciones, nos cuestionan, nos despiertan de nuestras inercias monocolors, nos convocan a asumir actitudes más dialogantes y tolerantes. Por eso nos preguntamos si no podría ser éste un momento en la evolución de la humanidad. ¿No deberíamos estar más atentos a los lugares de nuestro mundo donde Dios se nos revela muy especialmente? Concretamente, ¿cuál fue la oferta humanizadora y evangelizadora propuesta por Jesús de Nazaret para descubrir y encontrarse con Dios?

a) *El mundo, la «casa» donde Dios se manifiesta*

Lejos de los lazos étnicos y de sangre, Jesús propone un proyecto de Familia universal: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?... Cualquiera que lleva a efecto el designio de mi Padre... ése es hermano mío y hermana y madre» (Mt 12,48-50).

El lugar donde se puede vivir este proyecto no es otro que nuestro mundo, la «casa hogar» donde todos tenemos cabida y derecho a una vida plena. No hay otro lugar ni otro modo de experimentar y de vivir el Proyecto de Dios. Unidos en la misma «casa», desde nuestra diversidad, somos la mejor y más fiel imagen de Dios en el mundo: «Y vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se pondrán a la mesa en el Reino de Dios» (Lc 13,29).

Pedro Casaldáliga a través de este hermoso poema, nos presenta las nuevas situaciones donde Dios se manifiesta y se le encuentra:

«Dios es Dios»

Yo hago versos y creo en Dios.
Mis versos
andan llenos de Dios, como pulmones
llenos del aire vivo.
Carlos Drumond de Andrade
hace –hacía– versos,
mejores que los míos,
y no creía en Dios.
(Dios no es simplemente **Belleza**).

El Ché entregó su vida por el Pueblo
y no veía a Dios en la montaña.
Yo no sé si podría convivir con los Pobres
si no topara a Dios en sus harapos;
si no estuviera Dios, como una brasa,
quemando mi egoísmo lentamente.
(Dios no es simplemente la **Justicia**).

Muchos humanos izan sus banderas
y cantan a la Vida, dejando a Dios de un lado.
Yo sólo sé cantar dando Su Nombre.
(Dios no es simplemente la **Alegría**).

Quizá yo no sería capaz de esos caminos
si no estuviera Dios, como una aurora,
rompiéndome la niebla y el cansancio.
Y hay sabios que caminan imperturbablemente
contra el viso de Dios,
haciendo Historia,
desvelando misterios y preguntas.
(Dios no es simplemente la **Verdad**).

... **Belleza sin ocaso,**
Verdad sin argumentos,
Justicia sin retornos,
Amor inesperado,
¡Dios es Dios simplemente!

La vida es así, nos va convocando ante nuevas situaciones, nuevas comprensiones de la existencia y es ahí donde el Espíritu actúa y se va desvelando: Él «*Nos va guiando hacia la verdad total... y nos ayuda a interpretar lo que va viniendo*» (Jn 16,13). Esta actitud de búsqueda de la verdad es la que nos permite el encuentro con el Dios único que se va desvelando y revelando a la humanidad, aunque su manifestación todavía no sea completa para nadie.

b) A la búsqueda de Dios

¿Quién no es capaz de comprender que Dios, ese Dios que actúa superando los límites de la Iglesia, se va manifestando de mil maneras, de «muchos modos», a toda la humanidad? Si realmente queremos conocerlo de verdad, no nos queda otro remedio que abrirnos a las múltiples y plurales manifestaciones de Dios. Él se revela en todo el ancho y extenso mundo a través de

personas que «dan de comer al hambriento, acogen al forastero, visten al desnudo, visitan al preso y al enfermo...» (Mt 25,31-40). Son aquellos que apuestan por ese orden nuevo que son los valores del Reino; personas que viven lo que nosotros solemos teorizar, no se confiesan creyentes, ni tienen la misma ideología política que nosotros y, sin embargo, Dios se manifiesta a través de ellas. Y si no, ¿cómo entender la «recapitulación en Cristo de todas las cosas»? –de la que nos habla Pablo–. El evangelio nos interpela y nos invita a acoger con humildad y sabiduría estas nuevas manifestaciones de Dios a la humanidad. Dios continúa revelándose, sugiere, invita a sus hijos a una convivencia igualitaria, justa y fraterna, y lo hace de forma inesperada y sorprendente a través de personas de cualquier raza y cultura.

Caminamos hacia un mundo distinto del que hemos vivido hasta ahora. Percibimos cambios profundos que provocan desajustes y desorientación, sufrimos los fanatismos y las intolerancias. En ocasiones sentimos la tentación de mantener posturas inamovibles como la única salida; sin embargo, no dudamos de que Dios se va desvelando de forma nueva en nuestra historia. Nuevas situaciones empiezan a bullir en el mundo, cada vez son más vivas e imparables: apertura hacia los demás, aceptación y respeto a lo diferente, confianza y acogida del otro como sujeto de derechos, con la misma dignidad que cada uno se atribuye a sí mismo. Es verdad que estas situaciones se forjan entre contradicciones, dolor y esperanza, luz y sombra, involución y apertura a lo nuevo, pero a pesar de los inviernos y de las heladas en plena primavera, confiamos en este Dios que se nos va manifestado a través de esta humanidad plural y diferente.

3. La universalidad de la conciencia de Jesús

a) *Una llamada de atención*

Este nuevo talante de encontrar a Dios en las nuevas situaciones no es tarea fácil. Nosotros mismos hemos sido educados de una determinada

manera donde el orden, la organización de las cosas, las tradiciones y costumbres recibidas en el pasado, nos dan seguridad, confianza y una íntima sensación de sentirnos dueños de la verdad. Esta mentalidad, este empeño en que las cosas son así, porque así han sido siempre y así deben permanecer, podríamos aplicarla a cualquier campo de nuestra actividad humana: laboral, familiar, educativa.

Pero la vida no siempre funciona de forma tan clara, ordenada y definida como nos gustaría. Hay piezas del puzzle de nuestra existencia personal y colectiva que queremos encajar como sea en el lugar que a nosotros nos parece correcto. Pero, caprichosamente, la pieza se resiste, se sale de su sitio y provoca confusión y además hace saltar otras piezas, desorganiza lo que ya pensábamos que estaba en su debido lugar. Puede suceder que lo que aparentemente parece bueno, a veces resulta no serlo tanto y que aquello que nos parecía malo también tiene aspectos válidos; lo blanco nunca lo es del todo, ni lo negro tampoco. Indudablemente estas constataciones provocan inquietud, inseguridad, dudas, se mezclan cosas que nosotros habíamos ordenado con tanto empeño. Es entonces cuando puede aparecer la sospecha de que, tal vez, no teníamos toda la verdad de las cosas en nuestras manos.

b) *El encuentro de Jesús con una mujer pagana*

Hay un relato en el evangelio de Marcos (7,24-31) y su paralelo Mateo (15,21-28) muy esclarecedor para todos nosotros educadores.

Jesús abandona el territorio judío y se dirige a Tiro, el prototipo de una ciudad pagana. Contra la costumbre judía de no pisar territorio pagano, Jesús entra en él y lo hace sin ruido. Marcos no explica la casa donde se aloja, pero ya sabemos que no estaba permitido a los judíos hospedarse en casa de paganos para no contraer impurezas; el texto, implícitamente, parece desechar ese tabú.

Jesús no era un desconocido en el mundo pagano, la gente sabía que él no hacía distinción entre judíos y paganos: «*Una enorme muchedumbre*

procedente de Galilea, de Judea y de Jerusalén, de Idumea, Transjordania y las comarcas de Tiro y Sidón... se había ido enterando de todo lo que hacía, acudió a él» (Mc 3,7b-8). En ese entorno extranjero y pagano, Marcos nos narra el encuentro de Jesús con una mujer. Como es habitual en los personajes representativos, la mujer no lleva nombre, pertenece a la clase social ilustrada y poderosa de la sociedad de Tiro y la añadidura de sirofenicia nos ayuda a entender que se trata de una pagana de la región. La mujer se echa a los pies de Jesús mostrando su angustia e impotencia, la gravedad y urgencia de resolver su situación. Con su gesto reconoce y valora la superioridad del judío Jesús pidiéndole que cure a su hija.

La clave del diálogo entre Jesús y la mujer pagana la encontramos en la ironía de las palabras de Jesús. De momento, Jesús no expulsa al demonio que atormenta a la hija de aquella mujer. Sorprendentemente, empieza el diálogo con un principio discriminatorio que los judíos aplicaban a los paganos y que, a su vez, la clase dominante aplicaba a la clase sometida: *«Deja que primero se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perrillos»*. El pan del que habla Jesús tenía una especial dignidad, era el «pan de los hijos»; los otros, los «perrillos», eran los «paganos». Los «hijos» y los «perrillos» eran dos grupos bien conocidos, nadie dudaba de su identidad: eran los judíos y los paganos respectivamente. ¿Qué pretende Jesús con este «dicho» discriminatorio? El «dicho» pronunciado por Jesús no puede reflejar su manera de pensar y de relacionarse con las personas de cultura y religión diferente a la judía. Jesús ha llamado «hijo» en Cafarnaún al paralítico transportado entre cuatro, figura del mundo pagano (Mc 2,5); ha devuelto la dignidad al endemoniado de Gerasa y le hace su testigo por toda la Decápolis (Mc 5, 2-20), pero habla como si hiciera suya la superioridad y el desprecio de los judíos hacia el mundo pagano. Primero que se sacien los hijos (los judíos) y, mientras ellos no digan «basta», no ha lugar para los perros (los paganos).

La ironía utilizada por Jesús con este «dicho» parece querer cargar las tintas para hacer ver la monstruosidad de esta conducta discriminatoria y provocar una reacción en aquella mujer perteneciente a la clase dominante.

Jesús denuncia el desprecio de los judíos hacia los paganos pero también la discriminación de los paganos por las clases más bajas. ¿Podemos dividir a la humanidad en privilegiados y despreciados? Por eso Jesús no utiliza el verbo «comer» sino «saciarse», un verbo que muestra claramente la falta de solidaridad, la desigualdad y la discriminación que existía en la sociedad judía y pagana de su tiempo.

El contexto anterior de esta perícopa es extremadamente revelador (Mc 7, 1-23). Jesús acaba de tener una fuerte discusión con los fariseos y letrados precisamente sobre las tradiciones judías, sobre lo «puro y lo impuro». Jesús denuncia la hipocresía y el legalismo de esa mentalidad discriminatoria que considera impuras a las personas por el mero hecho de ser extranjeras y paganas, de ahí la relación existente entre estos dos relatos. Pero también convendría fijarnos en los relatos posteriores, Marcos narra la curación de un sordomudo (7,32-37), y la de un ciego (8,22b-26) (figuras representativas de sus discípulos que no oyen ni ven lo que dice y hace Jesús). Entre estos dos hechos, Jesús, en territorio pagano, por segunda vez, comparte el «pan» con los gentiles y paganos (los «perrillos»).

c) *La pedagogía de Jesús*

Para Jesús, el exclusivismo judío y la discriminación racial están contaminados desde la raíz. A través de sus parábolas, Jesús manifiesta su mentalidad abierta, su acogida al más débil y a los que son considerados los últimos; su sensibilidad para reconocer los valores y cualidades de aquellos que no pertenecían al pueblo judío: La parábola de los jornaleros de la viña ilustra paradójicamente que «los últimos son los primeros» (Mt 20,1-16); la de «los invitados a la boda» muestra con claridad el paso del Reino a «otros», a los gentiles y paganos, a los impuros, a otros pueblos que den más fruto (Mt 22,1-14); el juicio escatológico en el que comparecerán todas las naciones, Jesús propone una nueva alternativa: «los otros», los que no conocen al Rey le preguntan: «¿Cuándo te vimos hambriento o sediento, emigrante o desnudo, enfermo o en la cárcel y no te socorrimos? Y el Rey les contestará: —Os lo aseguro: cada vez que lo hicisteis con

uno de esos hermanos míos más insignificantes lo hicisteis conmigo» (Mt 25,31-45).

Podíamos rastrear y asomarnos a muchos otros relatos evangélicos, debemos hacerlo frecuentemente como educadores, para empaparnos del Espíritu de Jesús. Evidentemente, sería un anacronismo ir a buscar en el evangelio recetas para solucionar la problemática actual sobre nuestros conflictos provocados por la convivencia humana. Sin embargo, en el evangelio podemos encontrar signos y huellas que nos descubran el camino del seguimiento, el talante abierto y universal de la persona histórica de Jesús de Nazaret.

4. «Sal de la tierra y luz del mundo»

Al igual que Jesús, sus primeros seguidores judíos tuvieron que aprender a encontrarse con los gentiles. Se les confió una misión universal que deberían llevarla hasta los confines del mundo (Hch 10,44-48). Es verdad que fueron momentos de gracia, pero también la apertura y la incorporación de los gentiles y paganos al movimiento de Jesús fue el principal problema de la Iglesia de los primeros siglos.

a) *Interpelados por la propia realidad*

Actualmente también nosotros nos encontramos ante el nuevo reto de aceptar, acoger, respetar y valorar a todos aquellos que consideramos diferentes por su cultura, nivel social, religión, etc. Nos sentimos evangelizadores en este mundo plural y nos preguntamos sinceramente si aceptamos el «orden nuevo» de los valores del Reino ¿Qué pensamos de los que adoran al Dios Único no ya en Jerusalén o en Roma, sino en la Meca o en Benarés y además lo hacen en espíritu y en verdad? ¿Cómo entendemos la salvación, la recapitulación de todas las cosas en Cristo? ¿Somos capaces de acoger con humildad y sabiduría a los que pertenecen a otra cultura distinta a la nuestra y lo hacemos con capacidad de escucha y sensibilidad dialogante? ¿Qué quiere decir el término «universal» para nosotros católicos? Éstas son algunas de las

grandes preguntas que tenemos planteadas los educadores cristianos. Pero, ciertamente, no basta con plantearnos estas cuestiones, habrá que dar pasos, profundizar día a día sobre nuestro talante y nuestra manera de educar.

b) *Buscamos una nueva manera de ser*

• **Una nueva sensibilidad** para percibir la realidad como «misterio», en su profundidad y en sus posibilidades insospechadas. Hablamos de un talante **contemplativo**, una nueva espiritualidad que no sea ajena al mundo, porque si lo fuera sería sospechosa y la llamaríamos de otra manera. Ya lo hemos dicho, la realidad mundana es el ámbito donde Dios se nos revela de mil maneras, por eso tenemos que aprender a verlo, a sentirlo, a dejar que fluya toda esa fuerza creadora que Dios otorgó a nuestro mundo el primer día de la creación. Sin olvidar que las teologías, los dogmas, las ideologías... suelen dividir a las personas, pero la búsqueda contemplativa de Dios en nuestro mundo unifica, porque intenta encontrar el sentido de la vida y busca a Dios, sea cual sea su nombre.

• **Afectividad** para captar y dar acogida al potencial humano que esconde nuestro mundo. *«El órgano de captación de ese misterio es el corazón, lo que Pascal llamó “esprit de finesse”. Es una actitud de simpatía fundamental, una capacidad básica de sentir a los demás en su situación concreta»* (L. Boff, F. Betto, *Mística y espiritualidad*). Este espacio humano, extremadamente sensible, en el que experimentamos sentimientos, pasiones, afectos... es el lugar de nuestras intuiciones y percepciones, también lo es de nuestras acogidas y rechazos; el motor de nuestra energía vital. Lo solemos llamar «corazón» y es el símbolo del amor y del afecto; el elemento integrador del que emerge nuestro mundo de relaciones. Por eso es él el que determina nuestra manera de conocer el mundo y a las personas. Conocer y actuar con el «corazón» siempre será distinto a conocer únicamente desde la razón.

Pero el corazón necesita de cuidados especiales porque es extremadamente vulnerable. Hay que cuidarlo y mimarlo porque de su buena salud dependerán

nuestros sentimientos, percepciones, intuiciones y afectos. No puede ser un lugar árido, estéril, sin energía; su cuidado exige atención constante para mantenerlo vivo, en movimiento, capaz de captar y transformar afectos. Esta tarea es constante e indispensable si queremos establecer un nuevo estilo de relaciones humanas, un nuevo modo de discernirlas, vivirlas y expresarlas. La tarea del corazón no es otra que escuchar, dejarse tocar por el otro, conmovirse y no acostumbrarse a las situaciones deshumanizadas que viven muchos de nuestros semejantes, aunque sean diferentes a nosotros.

- **Re-educación relacional**, porque las relaciones humanas, en muchas ocasiones, nos resultan insatisfactorias y son causa de desequilibrios sociales y afectivos, de agresividad y destrucción. Por eso necesitamos aprender otras formas de convivir que nos ayuden a pasar de unas relaciones desiguales, competitivas e injustas, a otras más igualitarias, solidarias, humanizadas y esta transformación sólo será posible desde el corazón. Implicaría una nueva escala de valores, liberar una serie de sentimientos y sensibilidades que nos permitan hacernos más receptivos a los otros, re-aprender a convivir con lo diferente, entrar en una nueva espiritualidad más abierta, atenta y cálida que sea capaz de sentir la íntima conexión y la interdependencia que existe entre todos los seres humanos.

Todo esto implicaría un serio esfuerzo y una sensibilidad nueva que debería incorporarse a nuestro estilo de vida. Atañe a la calidad de nuestra vida de relación, sin olvidar que la felicidad que todos buscamos está mucho más conectada con una convivencia de calidad que con la cantidad de cosas que podemos conseguir. Todavía más, nuestra supervivencia en la Tierra dependerá del tipo de relaciones que la humanidad consiga establecer con todo lo que habita en nuestro mundo.

c) Para dar respuesta a los retos de nuestro mundo

El talante evangelizador y la sensibilidad profética para detectar los signos de Dios en nuestro mundo perfilarán las tareas que hoy se nos exigen a los educadores cristianos.

- **Supondría formar y clarificar la conciencia humana**, descubrirse inserto en un mundo y en un Planeta que es plural en etnias y culturas, y, por supuesto, también en religiones. Conscientes de que vivimos en un único mundo que salió bueno de las manos de Dios, que lo quiso habitado por todas sus criaturas sin discriminación de sexo, cultura, nivel social, religión. Un mundo del que todos somos corresponsables de sus fracasos y retrocesos, así como de sus logros y conquistas.
- Esta toma de conciencia exigiría **entender la propia revelación de Dios de forma más amplia**, «de muchas maneras» (Heb 1,1), más allá de los límites de la Iglesia. Esto exigiría **educar todos los sentidos** para percibir, intuir y sentir la llamada de Dios Padre de todos, a la reconciliación, a ser instrumentos de paz, a buscar caminos de encuentro entre las personas.
- Si Dios se nos va desvelando de forma nueva en este mundo, necesitaremos una **nueva contextualización de la teología**, no sólo una simple actualización de la misma. Hablamos de una **nueva formulación ética** que desemboque en una **nueva espiritualidad** capaz de expresarse a través de relaciones humanas diferentes a las que solemos observar en nuestra sociedad actual.

Acercarse a los otros exige una acción educativa global que potencie **una actitud humilde, sencilla y creyente**, un descalzarse, con profundo respeto, ante el otro. Entramos «en tierra sagrada», nos acercamos al misterio de Dios que se revela en el rostro del emigrante, del refugiado, del que no tiene recursos, a pesar de que nuestra sociedad le aparta de los ámbitos de decisión y de participación.

5. Un signo de esperanza: Dialogar con la diferencia

En un tiempo fácil para la defensa a ultranza de nuestra verdad como la única y absoluta, importa mucho no olvidar que existen signos esperanzadores. Las cosas pueden ser de otra manera, el diálogo, el trabajo conjunto entre personas diferentes no es un bello sueño, puede hacerse realidad. De hecho existen

propuestas y proyectos reveladores de que toda convivencia real supone conflictos; sin embargo, con el esfuerzo de todos, puede convertirse en un enriquecedor intercambio. Son señales que nos invitan a continuar dando pasos en busca de relaciones humanas más gratificantes y solidarias.

La Orquesta West-Eastern Divan

Un ejemplo concreto es este proyecto único de apuesta por la paz. Nació en 1999, fue creada por Barenboim y su amigo palestino Edward Said; en la actualidad la componen 33 árabes, 38 israelíes y 28 españoles en un esfuerzo por acercar sus culturas, bajo la dirección de Daniel Barenboim.

Oírlos conmueve, pero su objetivo va más allá de la música: acallar el ruido de las armas con la armonía de sus instrumentos. Para dar respuesta a este casi imposible desafío, utilizan un recurso educativo de incalculable valor: «La hora del Divan» es el momento en el que se pone en funcionamiento una auténtica terapia de grupo entre los componentes de la orquesta. Con mucho tacto, Barenboim acompaña a sus músicos, a todos ellos la vida les ha dejado huellas y heridas imborrables: «Es necesario que todos conozcamos los relatos de cada parte. No tenemos que estar de acuerdo, yo no estoy de acuerdo muchas veces... pero si no escucho, no tendré elementos de juicio suficientes», les suele decir Barenboim.

Los resultados se expresan en los testimonios de los miembros de la Orquesta: «Aquí he visto que los israelíes son humanos, como nosotros, y que no todos llevan pistolas como pensaba antes de llegar aquí. Cuando vuelva a casa intentaré convencer a todo el que me quiera escuchar», dice uno de los músicos. «Cosas como este taller son pequeños pasos que ayudan a resolver el conflicto...», dice otro. «Aquí estamos chicos cuyos padres lucharon en las guerras de nuestros países y hoy nosotros somos amigos», cuenta una de las jóvenes de la orquesta. «Si no conoces a esta gente y sólo ves las noticias, claro, reaccionas con dureza hacia ellos; pero cuando los tratas, te clarificas. Me pasó a mí. Yo tenía una opinión mediática, y ahora, una real», es otro testimonio de uno de los músicos israelíes.

West-Eastern no es una orquesta cualquiera, su motivación, su fuerza es la de tender puentes, crear cultura, buscar la paz: «Cuando les transmito que una hora con un violín es una hora menos de fundamentalismo, es cierto», asegura Barenboim. A sus 62 años, este hombre afirma que este proyecto es el más importante de su vida, está convencido de que la democracia no sólo da derechos, nos ofrece un espacio de libertad en el que debemos actuar, hay que saber utilizarlo y no conformarse sólo con lo que existe. Lo que en apariencia parecía un deseo humano, la integración de culturas, poder resolver los conflictos sin desmoronarse, vivir en paz..., esta gente lo está convirtiendo en música, sin olvidarse de dónde vienen ni lo que sucede en su país.

Éste fue el sueño hecho realidad de un músico/educador que creyó en la juventud, creyó en sus capacidades y posibilidades para vivir juntos, tocar juntos, mirarse a los ojos, olvidando lo que significa para un palestino la mirada de un israelí, y viceversa. ¿Los resultados? Ahí los tenemos: una vida en común, creando espacios de encuentro a través de la música. Alguien lo ha llamado «una lección de armonía». Entre ellos, nadie espera milagros, pero todos trabajan y hacen música pensando que quizá existan.

...

¿Nos enseña algo este proyecto? Jóvenes que han dejado de mirarse el ombligo, y han aprendido a crear música a partir de los distintos ritmos que hay en ellos. ¿Cambiaría en algo nuestra sociedad individualista, competitiva, desigual y discriminatoria si pudiera contar con gente que enseñase a las nuevas generaciones a mirar a los ojos del otro sin miedo ni altivez, capaces de meterse en la piel del otro, desnudar sus miedos y esperanzas y compartir la misma ilusión? La cuestión es profundizar en el corazón humano para entender que cuanto más entremos en él, más constataremos la semejanza entre los humanos. ¡Es en el mundo de los sentimientos donde nos encontramos y nos sabemos conexonados!

Más allá de una mera coexistencia pacífica, se nos convoca a abrir caminos, crear proyectos, ofrecer propuestas. Todo esto no significa ausencia de tensiones, habrá que superar prejuicios y sospechas, asumir fragilidades y limitaciones. Pero estamos convencidos de que el camino de las relaciones humanas pasa por la búsqueda conjunta de la verdad y la justicia. Sólo al final de ese camino podremos hablar de una convivencia pacífica, de diálogo y de acercamiento mutuo. La identidad personal y colectiva de las nuevas generaciones se fraguará desde la diferencia con los demás; importa descubrirla como un bien y una fuente de riqueza; se trata de acogerla y aceptarla, no de exaltarla o temerla. No será suficiente con estar juntos y compartir un espacio común, queremos generar algo nuevo que nos lleve a crear ámbitos donde todos cooperen y promuevan los dones y talentos del otro.

¡Podemos hacer nuestros sueños realidad! Basta con que nos pongamos manos a la obra y colaboremos con otros en la construcción de un mundo reconciliado de hombres y mujeres donde no cabe la subordinación y la desigualdad. El mundo, nuestro mundo, sólo puede sustentarse desde esta esperanza colectiva.